

prácticas de que se originaban; y antes al contrario, las aprobó como una obra piadosa (1).

Cada vez se fué acercando más el culto de la Virgen al que se rendía á Dios; y esto, dice *San Jerónimo*, era muy racional, porque cuanto hagamos en honor de la Madre cede en gloria del Hijo (2). Prosternábanse en la iglesia al nombre de María; los votos de los pueblos, dice un teólogo del siglo XII, se elevaban hácia ella como un mar borrascoso (3). Dios tenía su oracion; la Virgen tuvo la suya. El *Ave María*, introducida en el siglo XII, llegó á ser en el XIII la oracion predicada de los fieles; había devotos que la repetían al día cincuenta veces, otros ciento, y aún los había que llegaban hasta mil (4). Difícil era que en medio de tal fervor quedara María confundida entre las criaturas; la superstición le dió un puesto en la Trinidad. Oigamos cómo cuenta *San Damiano* las cosas que pasaron al tiempo de la *Asunción*: "El día memorable en que fué elevada la Virgen real al trono de Dios Padre y colocada en la sede de la Trinidad, toda la tropa angélica acudió á ver á la Reina del cielo sentarse á la derecha del Señor, vestida con su manto de oro." Sigue luego una comparación entre la *Asunción* y la *Ascension* que no cede en desventaja de María: "Cuando subió al cielo Jesucristo, salió á recibirle la gloriosa compañía de los bienaventurados. Contemplad ahora la *Asunción* de la Virgen: salvo la majestad del Hijo, una pompa de mucho más esplendor se ofrece á vuestros ojos. Sólo los ángeles acudieron á recibir á Jesucristo; mas cuando su Madre entró en el palacio celestial, el mismo Hijo de Dios se levantó con toda su corte para salir á su encuentro, y la saludó diciendo: "Tú eres todo hermosura, oh amada mía, y no hay mancha en tí," (5).

Los teólogos inventaron un término especial para caracterizar la excelencia del culto que se rendía á la Virgen; no se atrevieron á ponerlo á la altura de la *latría*, pero lo colocaron muy por cima de la *dulia*. La *hiperdulia* de la Madre de Dios ocupaba el término medio entre el culto rendido al Creador y el que los católicos tributan á los san-

(1) ECHARD, *Scriptor. Prædicator.*, t. I, p. 189: "Devotio tamen pia circa hæc jejunia est approbanda."

(2) HIERONYMUS, *Epist. x ad Paulam.*

(3) PETRI COMESTORIS *Sermo 28 (Bibliotheca Maxima Patrum, tomo XXIV, p. 1430).*

(4) GIBSELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 78, nota k.

(5) DAMIANI, *Sermo 40* (t. II, p. 97).

tos (1). Estas sutiles distinciones eran buenas para la escuela; mas en la práctica, los fieles procedían con más llaneza. María dejó de ser una criatura para convertirse en la Diosa de la Edad Media. La superstición no tiene límites; no le bastó haber divinizado á la Virgen; exigió todavía que se pusiera la criatura divinizada por cima de la divinidad. Discutieron los devotos si se debía llamar al Hijo ó á la Madre el árbol de la vida, y se decidieron en favor de la Madre (2). Libros de rezos, escritos en latín, y, por consiguiente, por clérigos y para clérigos, llevaron la blasfemia hasta decir: "Gloria á la Madre, al Padre y al Hijo," (3). ¿Cuál no debía ser la extravagancia del culto de la Virgen entre las masas, cuando el clero lo llevaba hasta la idolatría? Si hemos de creer lo que se dice en el *Jardin del Alma*, acabó Jesucristo por tener envidia de la preferencia que se daba á su Madre. Un clérigo, más confiado en la Santa Virgen que en el Hijo de Dios, no dejaba de repetir por toda oracion la salutación angélica; y en un momento en que pronunciaba el *Ave María*, le apareció Jesús y le dijo: "Mi Madre os agradece mucho las saluciones que le dirigís, pero no os olvidéis de saludarme también," (4).

Las supersticiones son como la mala hierba, encuentran siempre un terreno bien preparado en la debilidad del hombre. Las discusiones entre los dominicos y los menores acerca de la Inmaculada Concepción produjeron en el siglo XV un acrecentamiento de devoción. La facultad de teología de París se declaró partidaria de la Virgen; persiguió con sus censuras á los hermanos predicadores que se obstinaban en su resistencia, y fué preciso creer, *so pena de pecado mortal*, que la Virgen había subido al paraíso en cuerpo y alma; y fué preciso creer, *so pena de impiedad*, que Jesucristo iba delante de su Madre cuando ésta hizo su entrada en el cielo; y fué preciso creer, *SO PENA DE SER SOSPECHOSO DE HEREJÍA*, que MARÍA ERA MÁS BELLA QUE EVA (5). ¿Cómo extrañar la supersti-

(1) "Hyperdulia videtur esse medium inter latriam et dulia." (S. THOMAS, *Secunda Secundæ*, quest. 103, art. 4. *Comp. Summa*, Pars III, quest. 25, art. 5).

(2) Véase la *Disputa entre la Virgen y la Cruz*, referida por JONCKBLOET, *Geschiedenis der middelæeuische dichtkunst*, t. II, página 264.

(3) Véanse los testimonios en RANKE, *Deutsche Geschichte im Zeitalter der Reformation*, t. I, p. 239.

(4) *Hortulus animæ*, edición de 1498, fol. 38 v.

(5) D'ARGENTRÉ, *Collectio judiciorum de novis erroribus*, t. I, P. II, p. 339.

cion del siglo XV, cuando la Iglesia ha consagrado en nuestros días una nueva superstición que la misma Edad Media había consagrado? Y hay gentes bastante ciegas para celebrar el dogma de la Inmaculada Concepción como una prueba del poder de las ideas religiosas y de la influencia creciente de la Iglesia. El provecho que resulta de la superstición sólo sirve á los que explotan la religión en interés de su dominación; pero así fundan su imperio en una base carcomida, y el edificio de esta manera apuntalado se hundirá hasta los cimientos.

#### § IV.—Los santos.

##### N.º 1.—El politeísmo cristiano.

El cristianismo nació y se desenvolvió en el seno de la antigüedad politeísta; y los pueblos bárbaros, cuyo destino se ligó tan íntimamente al de la religión cristiana, adoraban igualmente á Dios en sus diversas manifestaciones. La concepción religiosa que inspiró más especialmente á Jesucristo descansaba, sin embargo, en la unidad rigurosa de la divinidad. Hallábanse, pues, dos principios opuestos uno en presencia de otro. ¿Era posible la transición súbita del politeísmo á la unidad de Dios para la masa de los que abrazaron la religión nueva? No es la contestación dudosa, cuando se sabe cómo se hicieron las conversiones en el mundo antiguo y después de la invasión de los Bárbaros. La tendencia general de los espíritus influyó en los mismos fundadores del cristianismo. En vano han intentado los protestantes contar la adoración de los santos entre las supersticiones de la Edad Media, pues se ven obligados á confesar que los más eminentes Padres de la Iglesia, los Gregorios, los Crisóstomos, los Agustines, oraban á los santos y honraban sus reliquias. La superstición no es, pues, católica, es cristiana, á lo menos en el sentido de que se remonta á los primeros siglos del cristianismo. El culto de los santos es en su esencia un legado de la idolatría pagana.

La idea de Dios implica de tal modo la idea de la unidad, que el mismo politeísmo la reconocía; pero como el Sér Supremo excede tanto de la debilidad humana, imaginaron los paganos dioses inferiores que estuvieran en relación más especial con cada nación, con cada ciudad, con cada individuo, y los santos ocuparon el lugar de estas di-

vidades protectoras. "Los Babilonios, dice *Enrique Estienne*, tenían por patrono al dios Belo; los Egipcios, á Isis y Osiris; los Atenienses, á Minerva; y á semejanza de ellos, tienen los Españoles por patrono á Santiago, los Franceses á San Dionisio, los Alemanes á San Jorge," (1). Los Griegos y los Romanos tenían dioses protectores para cada ciudad, y cada ciudad ha tenido igualmente su santo bajo el imperio del catolicismo: San Ulrico era el patrono de Augsburgo; San Sebald, el capitán, apoyo y protector de Nuremberg," (2). No hay, en fin, dice un abad del siglo XII, aldea que, viendo que cada ciudad tiene su patrono, no procure también tener el suyo (3). Puede decirse, con el autor sagrado, que *cada nación se fabricó su Dios*.

Cada santo tenía su función especial, y en esto reaparecen también los sentimientos de las naciones paganas. En vano enseñaba el cristianismo á los hombres el desprecio del mundo y de los bienes temporales; el mundo con sus alegrías y con sus penas continuó siendo la capital preocupación de los que en él vivían y aún de los que lo abandonaban. La especialidad de los diversos santos nos enseña los votos que se les dirigían. Oigamos á un doctor católico, *Erasmus* (4): "El uno cura el mal de muelas; el otro alivia á las mujeres embarazadas en los dolores del parto; este hace encontrar lo que se ha perdido; aquel vela por la conservación de los rebaños; el uno salva del naufragio, el otro procura la victoria en los combates. No acabaríamos nunca si hubiéramos de contar la virtud de cada cual." Los males físicos eran especialmente los que amedrentaban á los hombres; cuanto menos capaz de remediarlos era la ciencia, más dispuestos estaban los enfermos á buscar socorro en el cielo. Los médicos del paraíso son innumerables; los hay para cada dolencia: "San Eutropio, dice *Enrique Estienne*, cura la hidropesía; San

(1) HENRI ESTIENNE, *Apologie pour Hérodote*, c. XXXVIII, § 14.

(2) La enseña de la ciudad libre de Worms tenía esta oración á San Pedro, patrono de la ciudad:

"Te sit tuta bono Wormacia Petre patrono."

con la respuesta de San Pedro:

"Semper eris clypeo gens mea tuta meo."

(ARNOLD, *Verfassungsgeschichte der deutschen Freistädte*, t. I, página 306).

(3) GUMBERT, abad de Nogent, *de pignorum sanctorum*, c. II, § 5: "Quid de eis proferam, quos prefatorum simul per villas ac oppida cotidie vulgus creat? Cum enim alii alios summos conspicerent habere patronos, voluerunt et ipsi quales potuerunt et facere suos."

(4) ERASMO, *Elogio de la locura*.

Juan y San Valentín curan la chochez, llamada también mal de San Juan; San Roque y San Sebastián curan la peste; Santa Petronila cura toda clase de fiebres; Santa Apolonia cura el dolor de muelas; San Maturino la locura. „Hasta competencia había en el cielo como en la tierra: “En cuanto á la curación de la gota, que algunos atribuyen á San Genaro, muchos la dejan en honor de San Mauro; y en cuanto á las enfermedades de la vista, se la disputan Santa Clara y Santa Lucía. Una buena mujer se dirigió á un sacerdote para que dijese una misa, y le pidió que la aplicara á Santa Clara para que curase sus ojos, á San Avertin para que curase su cabeza, y á San Anton para que guardase sus puercos. „ No nos atrevemos á hablar de los santos que curan la esterilidad; *Enrique Estienne*, que se atreve á más que nosotros, dice “que se avergüenza de contar lo que pasaba en estas santas curaciones, y que los lectores se avergonzarían también de leerlo. „ (1).

Podríamos proseguir, hasta en los detalles, la analogía entre el culto de los santos y el politeísmo, y mostrar cómo los santos, y sobre todo la Virgen, cambiaban de carácter según los diferentes lugares, al modo que el Júpiter Capitolino era un dios diferente de los otros Júpiter. ¿Quién no conoce alguna de las innumerables *Matronas*, cada una de las cuales tiene figura diferente, diversa misión y adoradores especiales, de suerte que una Virgen puede hacer lo que otra no hace? (2). Pero es inútil insistir; una vez admitido el principio de la superstición, se producen de suyo las consecuencias, y sólo hay un mero cambio de forma. Entre las fábulas del politeísmo y las leyendas cristianas no hay á veces más diferencia que el nombre (3).

Conocemos la respuesta que dan los católicos á los reproches de politeísmo que se les dirigen: “Rogamos á Dios, dice el catecismo romano, á que nos dé los bienes de este mundo ó que nos libre de los males de la vida; mas como los santos le agradan más que nosotros, pedimos á éstos que tomen nuestra defensa y que obtengan lo que necesitamos. „ “Enseñándonos la Iglesia, añade *Bossuet*, que es útil orar á los santos, nos enseña á orarles

(1) HENRI ESTIENNE, *Apologie pour Hérodote*, c. XXXVIII, § 7-10.

(2) HENRI ESTIENNE, *Apologie pour Hérodote*, c. XXXVIII, § 15-18.

(3) HENRI ESTIENNE, *Apologie pour Hérodote*, c. XXXVIII, § 6.

con ese mismo espíritu de caridad y según el mismo orden de sociedad fraternal que nos mueve á pedir ayuda á nuestros hermanos que viven en la tierra. „ (1). ¿Qué cosa, se dice, más natural ni más legítima? Nosotros respondemos que hay en esa desconfianza de la caridad divina un germen de superstición que debía producir sus frutos en una edad bárbara. En una constitución del siglo XI se halla la expresión de los mismos sentimientos que el concilio de Trento ha consagrado con su autoridad; mas la candidez del lenguaje descubre el lado supersticioso del culto que está como velado en el catecismo del siglo XVI: “Cuando se quiere obtener el favor de un príncipe, se acude á los que gozan de su familiaridad; del propio modo el que quiere obtener la salvación eterna debe procurar tener por intercesores á los mártires y á los santos que dominan en la corte celestial. „ (2). Casi literalmente repite estas palabras uno de los grandes doctores de la Edad Media, prueba de que son la fiel expresión de las creencias católicas. ¿Por qué debemos orar á los santos? pregunta *Alejandro de Hales*: “Cuando queremos, dice, obtener un favor de un príncipe, nos dirigimos á sus cortesanos; ahora bien, los santos son mucho más poderosos en la corte celestial que los grandes en la corte de los reyes. „ El teólogo demuestra después dogmáticamente su proposición: “El respeto que debemos á Dios nos obliga á recurrir á los santos. ¿Cómo se atrevería á presentarse en persona ante Dios el pecador que lo ha ofendido? Que invoque á los santos, que implore su patronato. La debilidad humana nos lleva, de otra parte, á orar más bien á los santos que á Dios; miserables criaturas como somos, tenemos casi todos mayor afección por uno ú otro de los santos que por Dios mismo; y el Señor, por piedad de nuestra débil naturaleza, permite y quiere que dirijamos nuestras preces á sus santos. „ (3).

Una vez admitida la creencia de que se obtiene por la intercesión de los santos lo que no se obtendría dirigiéndose inmediatamente á Dios, queda abierta la puerta á la más material superstición; los santos se convierten en mayordomos de pala-

(1) *Catechisme du concile de Trente*, Part. III, tit. de cultu sanctorum.—BOSSUET, *Exposition de la doctrine de l'Eglise catholique*.

(2) «Quos in caelorum curia prevalere credimus» (Carta de 1076, en D'ACHERY, *Spicil.*, t. III, p. 411).

(3) ALEX. DE HALES, *Summa theologica* (Op., t. IV, p. 703).

cio, y Dios en un monarca holgazan; estamos en pleno fetichismo. *Gregorio de Tours* dice que los fieles que invocaban á San Martín lo trataban como los salvajes á sus fetiches: “Si no nos otorgas nuestra petición, le decían, no te encenderemos más cirios ni te tributaremos ningún homenaje. „ (1). En el siglo XII, habiéndose apoderado de Saumur el conde Foulques de Anjou, exclamó, dirigiéndose á San Florencio, patrono de la ciudad: “Déjate quemar, y yo te construiré una morada más bella en Angers; „ y como el santo se obstinara en permanecer allí, á pesar de estas halagüeñas promesas, el vencedor enfurecido lo trató de estúpido y zafio (2). ¿Habría obrado de otro modo un pagano? La superstición es lógica; si los santos son adorados como fetiches, ¿por qué no ha de descender Dios mismo al rango de una divinidad de salvajes? *Enrique Estienne* cuenta un rasgo digno del conde Foulques, y, sin embargo, se trata de un clérigo y el hecho pasa en vísperas de la Reforma: amedrentados con una gran tempestad, acudieron los habitantes de una aldea de Saboya á su cura para que la hiciera cesar; empleó, desde luego, el sacerdote multitud de conjuros; después tomó su breviario y eligió las palabras más terribles que encontró; y viendo que de nada servía todo esto, cogió el Santo Sacramento y le dirigió estas increpaciones: “Por el cuerpo de Dios, que si no eres más fuerte que el diablo, te arrojaré al fango. „ (3).

No era el culto de los santos un error sólo de las clases inferiores; los que practicaban la perfección evangélica, y entre ellos los perfectos por excelencia, los monjes mendicantes, daban el ejemplo, no diríamos de la superstición, sino de la impiedad. Apenas hubo muerto San Francisco, se hizo de él en su orden el objeto de un culto idolátrico: atrevióse *San Buenaventura* á escribir que el patrono de los menores “había querido ser en todo semejante á Jesucristo; que habiéndose imitado en su vida, había querido también asemejarle en los dolores de su pasión. „ (4). De aquí el famoso milagro de las *llagas* que el papado acogió bajo su protección contra las dudas de los dominicos. *La conformidad de la vida de San Francisco* y de la santa

existencia del Cristo se desenvolvió y se poetizó como se forman las leyendas: no se dijo ya al principio del siglo XIV que San Francisco quiso ser semejante á Jesucristo; dijose que *fué semejante al Hijo de Dios* (1); y al cabo apareció el famoso *libro de las conformidades*, en el cual se llevó la blasfemia hasta el último exceso (2). El autor se equivoca en hablar de *conformidades*; más bien habría debido intitular su obra: de la *superioridad* de San Francisco, pues que esta superioridad resalta en cada línea: “Jesus fue trasfigurado una sola vez, San Francisco veinte; Jesus cambió una sola vez el agua en vino, San Francisco la cambió tres veces... „ No prosigamos esta comparación que, en boca de un cristiano, de un religioso, es una impiedad capital, pues que conduce á poner á un santo por cima de Dios, á una débil criatura por cima del Creador; limitémosnos á hacer observar que todas estas extravagancias se apoyan en supuestos testimonios de la Sagrada Escritura. Celosos de la gloria de una orden rival, los dominicos hicieron también de su fundador un dios (3). Estas estupideces desafiaron al siglo del Renacimiento: la Sorbona condenó en 1486 las proposiciones de un fraile menor que se resumían en esta blasfemia: “San Francisco es el segundo Cristo, el segundo Hijo de Dios. „ (4).

*Condorcet* dice, en su rudo lenguaje, que “apenas conservaba Dios una pequeña parte en las adoraciones prodigadas á hombres, á huesos ó estatuas. „ (5). Y no se clame contra el filósofo incrédulo; que los hechos confirman sobradamente sus acusaciones. Disputaban los doctores qué fiesta era más grande, si la de Todos los Santos ó la del Corpus; los unos alegaban que Dios es más grande que los santos; los otros, que Dios no puede estar sin sus santos, como no puede estar un rey sin su corte (6). Santo había á quien los fieles honraban más que á la Virgen y aún más que á Dios mismo: los millares de peregrinos que durante un año afluyeron á la tumba de Santo Tomás de Canterbury depositaron en ella 832 libras esterlinas;

(1) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 70, nota d.

(2) «Liber conformitatum», por el menor BARTOLOMÉ ALBIUS, escrito en 1385 y aprobado en un capítulo general de la orden en 1399 (GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 3, § 111, nota q).

(3) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 3, § 110, nota e.

(4) D'ARGENTRÉ, *Collectio Judiciorum*, t. I, Pars II, p. 318.

(5) CONDORCET, *Esquisse*, p. 198.

(6) HENRI ESTIENNE, *Apologie pour Hérodote*, t. II, p. 154.

(1) GREGOR. TURONENS., *De miraculis S. Martini*, l. III, c. VIII.

(2) Véase la parte séptima de estos *Estudios*.

(3) H. ESTIENNE, *Apologie pour Hérodote*, c. XXXIX, § 18.

(4) S. BONAVENTURA, *Vita sancti Francisci*, c. XIII y XIV.

ofrecieron 63 en el altar de la Virgen, y ¡sólo tuvieron tres para-Dios! (1). "Sé de una catedral en este reino, dice *Clemangis*, donde se leen cabo á cabo las gestas de los santos, y donde apenas se leen algunas líneas de la Escritura: el culto de Dios cae en desuso; el Todopoderoso está desterrado de la Iglesia,, (2).

Dicen los defensores de la ortodoxia que el culto de los santos no es la adoracion de la criatura. Algunos testimonios de escritores católicos del siglo XV nos mostrarán si los fieles se cuidaban de la distincion entre la *latría* y la *dulia*. "Muchos cristianos, dice *Vives*, adoran á los santos como dioses; yo no veo apenas diferencia entre su creencia y la de los paganos,, (3). *Erasmus* no cesa de repetir que la cristiandad está en pleno politeísmo: "Han cambiado los nombres, la cosa es la misma,, (4). Era todavía peor que el politeísmo de Atenas y de Roma, era fetichismo puro. "La masa de los cristianos, dice *Polidoro Virgilio*, adoran estatuas é imágenes, no como figuras, sino como divinidades; tienen más confianza en la madera y en el mármol que en Jesucristo,, (5). Estos excesos justifican la Reforma. En vano reprocha *Bossuet* á los protestantes el confundir el abuso y la verdad en una misma reprobacion; la pretendida verdad contenía el germen del abuso. ¿Se quiere una última prueba? El más moderado de los reformadores dirigió á la Universidad de París proposiciones que tendían á la reunion de las dos Iglesias: entre los puntos que se litigaban estaba la invocacion de los santos; *Melanchthon* declaró que la admitía, entendiéndola como despues la explicaron el concilio de Trento y *Bossuet*, y la Sorbona defendió las viejas supersticiones. El lenguaje del primer cuerpo teológico de la cristiandad está al nivel de las creencias del vulgo: "Es contrario á la Escritura negar á los santos la prerogativa de desterrar las enfermedades, y contrario á la loable y devota costumbre de la Iglesia, á los dichos de los santos doctores y á la experiencia del dón que ha recibido de Dios su majestad (el rey de Francia) de curar los lamparones,, (6). Hé ahí puestas, como siempre,

(1) HUME, *History of England*, t. v, p. 277.

(2) CLEMANGIS, *De novis celebratibus non instituendis* (Op., página 156).

(3) VIVES, *ad Augustinum de Civitate Dei*, VIII, 27.

(4) ERASMI *Enchiridion* (Op., t. v, p. 25).

(5) POLYD. VERGILIUS, *de rerum inventoribus*, VI, 13, escrito en 1499 (GIESSELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 4, § 145, nota e).

(6) D'ARGENTRÉ, *Collectio judiciorum*, t. I, P. II, p. 395.

las más necias supersticiones bajo la autoridad de la palabra de Dios. Venga, pues, la Reforma para arrancar por la fuerza la mala hierba que pululaba al abrigo de la doctrina católica.

N.º 2.—*La supersticion explotada por la Iglesia.*

I.—*Las falsas leyendas.*

No es la supersticion lo que hay de más lamentable en el fondo del culto de los santos; el sentimiento religioso es respetable hasta en sus extravíos; pero cuando una Iglesia que se dice divina explota por codicia ó ambicion la ignorancia y la credulidad de los hombres, adquiere entónces un carácter odioso el espectáculo de los errores humanos; la historia debe execrar el abuso de lo que hay de más sagrado, y debe hacer recaer sobre la Iglesia la responsabilidad de los crímenes cometidos en su nombre y en su provecho. Hablamos de crímenes, y, en efecto, no lo conocemos mayor que la impostura que se ha querido excusar y casi santificar con el nombre de *fraudes piadosos*. Bueno es, en una época en que vuelve la Iglesia á estas vergonzosas tradiciones, mostrar á los hombres lo que era esa pretendida *piEDAD*: en el Código penal se halla inscrito su verdadero nombre. La historia del catolicismo se halla plagada del crimen de impostura: hay falsas donaciones, hay falsas decretales, falsos santos, falsas leyendas, falsos milagros, falsas reliquias; y lo que hace todavía más infame estas falsedades, es que casi siempre están inspiradas por la codicia.

Una gran parte ha podido tener la ignorancia en las tradiciones que han creado santos fabulosos: tales fueron San Dionisio y Santiago de Compostela, esos famosos patronos de los Franceses y de los Españoles que nunca pisaron el suelo de Francia ni de España (1). Mas no se podría imputarlo todo á la ignorancia; hay pruebas positivas de que la superchería se mezclaba con la credulidad. El cronista *Raoul Glaber*, monje del siglo XII, va á contarnos la historia de un falso santo (2). Un hombre de baja extraccion, charlatan consumado, tenía por oficio despojar las tumbas y vender los huesos como reliquias. Despues de innumerables estafas cometidas en las Galias, llegó á una ciudad de los Alpes,

(1) GIESSELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 1, § 18, notas m, n, o.

(2) GLABER RADULPHUS, lib. IV, c. III.

y allí, segun su costumbre, recogió los primeros huesos que encontró, y supuso que un ángel le había revelado que eran las reliquias de San Justo. Al eco de esta nueva acudió la poblacion ignorante de los campos, y mediante las ofrendas se hicieron prodigios. No dejaron los sacerdotes de explotar los milagros del santo fabricado por un bribon, á pesar de que las gentes más ilustradas, y entre ellos el monje *Glaber*, hubieron descubierto el fraude y desenmascarado al impostor. El supuesto San Justo quedó en olor de santidad y continuó haciendo milagros, con gran satisfaccion del clero.

Los mismos agiógrafos atestiguan que se empleaba el engaño para aumentar la gloria de los santos. El biógrafo de San Juliano exclama: "¿Puede ganar con el engaño la gloria de los elegidos? Si durante su vida hubieran amado el fraude, ¿habrían llegado á la beatitud celestial?," (1). Un abad de Laubes, que escribió en el siglo X las *Gestas de los obispos de Tongres y de Lieja*, dice en la vida de *San Servando* que no se atreve á afirmar si el santo pertenecía á la familia de Jesucristo, segun se pretendía, y que vale más "confesar su ignorancia que mentir por la piedad mal entendida,, (2). El abad de Laubes encontró pocos imitadores de su buena fe. En los siglos X y XI fueron transformados por *fraudes piadosos* los primeros obispos de las Galias en discípulos de los apóstoles. Habían destruido los Normandos los documentos que se conservaban en las antiguas iglesias; y como apenas quedaban más que los nombres de los santos y vagas tradiciones, se aprovecharon las tinieblas para fabricar falsas leyendas. Tréveris tomó la iniciativa, y las demas ciudades de las Galias siguieron su ejemplo. Y puesto que se fabricaban discípulos de los apóstoles, ¿por qué no se habían de fabricar también apóstoles? Los monjes de San Marcial, en Limoges, hicieron de su patrono un discípulo de Cristo (3). Ante estas enormes imposturas, las falsas leyendas no son más que pecados veniales. Son innumerables, y es difícil atribuir las á la ignorancia cuando se lee en la *Compilacion de los Bolandistas* la vida de *San Desiderio*; es una

(1) LETALDUS, *Monachus Miciacensis* (siglo X), *Vita Juliani Episcopi* (*Acta Sanctorum*, Januarii, t. II, p. 1152).—GIESSELER, tomo II, 1, § 33, nota h.

(2) HERIGERUS, *abbis Laubiensis*, en CHAPEVILLI, *Gest. Pontificum tungrensium et leodiensium scripto.*, t. I, p. 23.—GIESSELER, *Kirchengeschichte*, tomo II, 1, § 33, nota h.

(3) GIESSELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 1, § 33, notas k, l.

copia literal de una de las vidas de *San Ouen* insertas en la misma coleccion. Esta identidad, dicen los autores de la *Historia literaria de Francia*, sólo es notable por ser completa, pues que no faltan leyendas adaptadas á los santos con un cierto número de variantes; y los sabios benedictinos que comenzaron la publicacion de la *Historia literaria* citan más de un ejemplo (1).

La historia de una impostura monstruosa nos dispensará de entrar en más amplios detalles sobre este odioso asunto. No hay leyenda más célebre que la de Santa Úrsula y de sus 11.000 vírgenes (2). Una princesa de Bretaña, consagrada á Jesucristo, fué pedida en matrimonio por un rey pagano; y por la fe de una inspiracion divina, pidió que se aplazaran las bodas. Esta misma revelacion le mandó que se echára al mar con 11.000 vírgenes; pasaron tres años en ejercicios náuticos; y cuando se acercaba el dia del matrimonio, se levantó á ruegos de Santa Úrsula una tempestad que trasportó el ejército virginal al continente. Las 11.000 vírgenes suben primero por el Rhin hasta Colonia, continúan despues su navegacion hasta Basilea, y de allí van á pié á Roma. Vuelven por el mismo camino á Colonia, donde fueron sorprendidas y sacrificadas por los Hunos. Inútil es hacer la crítica de la leyenda y mostrar lo que tiene de imposible y de necio; los mismos escritores católicos hacen poco caso de ella, y no ha vacilado en rechazarla un teólogo alemán, vituperando los *piadosos fraudes* que le dieron nacimiento (3). Así se reconoce la ficcion y hasta el engaño, lo cual no obsta á que el clero explote la credulidad popular en pleno siglo XIX, como lo hacía durante las tinieblas de la Edad Media. En 1837 celebró la iglesia de Colonia el aniversario del martirio, y el arzobispo prestó su nombre á la solemnidad, ordenando la exhibicion de las santas reliquias, entre las cuales figuran un pedazo de la vara con que fué azotado Jesucristo, una cántara de las bodas de Canaan, y también se dice que unos huesos de caballo. Todas las fábulas que sirvieron para formar la leyenda se han reproducido con esta ocasion en pequeños libros de devocion publicados

(1) *Histoire littéraire de la France*, t. XIV, p. 617; t. VI, p. 259, 557; t. VII, p. 193, 194.

(2) SCHADE, *die Sage von der heiligen Ursula*, Hannover, 1854.

(3) ASCHBACH, *Kirchenlexikon*, t. IV, v.º *Ursula*, p. 1102.